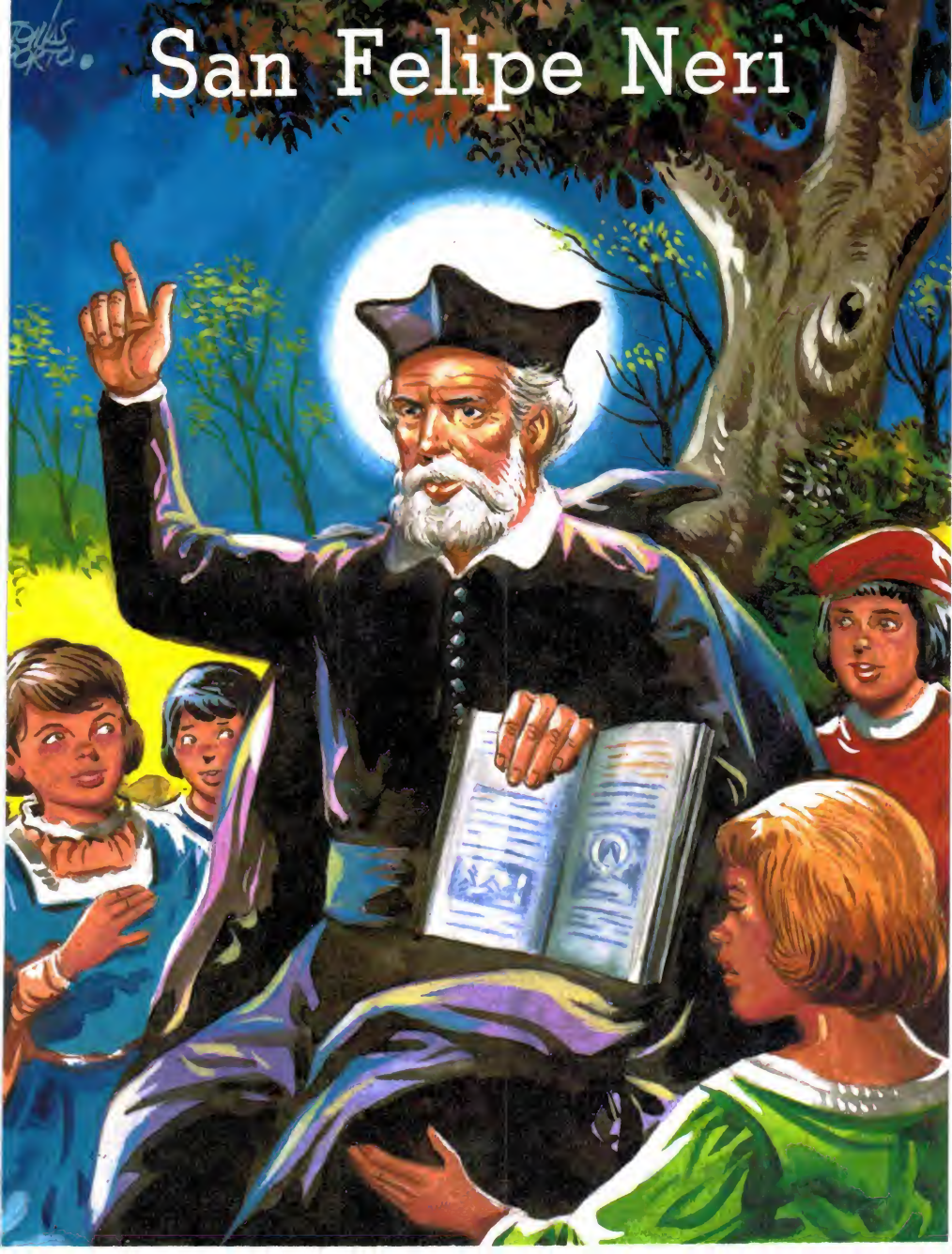


San Felipe Neri





SAN FELIPE NERI

Rafael María López-Melús, Carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla



Como el Maestro...

—“Padre Felipe ¿jugamos a la pelota?”.

—“Padre Felipe ¿quiere jugar al marro con nosotros que nos falta uno para completar el juego?”.

—“Padre Felipe ¿quiere echarnos esa pelota?”.

Así le gritaban con confianza y cariño los niños de Roma a este joven y después maduro sacerdote...

El fue el apóstol de la juventud y el que llevaba de calle a todos los niños.

Nunca se olvidó que el mismo Maestro quería a los niños con un amor especial y que decía:

—“Dejad que los niños vengan a mí pues de ellos es el reino de los cielos...”.

Al protagonista de esta vida que tienes en tus manos se le ha llamado “El apóstol de Roma”. “El apóstol de la juventud”. “El apóstol de los niños”. Todos estos títulos los tiene bien ganados ya que lo fue todo esto...

Nació en Florencia el 15 de julio de 1515 pero vivió casi todos los años de su vida —que fueron ochenta— en la eterna ciudad de Roma.

El caso más raro de su vida —toda su vida fue muy singular y aleccionadora— es que a los dos meses de su muerte ya se empezaron a recoger testimonios de su preciosa vida para dar los primeros pasos de su Beatificación. Esto prueba lo mucho que era querido por todos y la fama de santo que se ganó durante sus años de vida romana...

Su Proceso de Beatificación es un encanto. Allí acudieron a dar su testimonio hombres y mujeres de toda clase y condición: Hombres ricos y pobres, artistas, labriegos, cardenales, barrenderos, jóvenes... Todos querían dar sus testimonios de aquel hombre que les supo ganar el corazón...



El buen Bippo

Cuando ya esté en Roma será conocido como el “Buen Felipe” o “Felipe el bueno” o el “Santo Padre Felipe”... Pero la gracia es que ya desde niño le llamaran así...

—“¿Has visto al buen Bippo?”. “¿Está en casa el buen Bippo?”...

Era un compañero bueno y fiel a la amistad además de que el cielo le dotó de un carácter alegre, jovial, simpático y sabía hacer todo cuanto se le mandaba. Ya desde niño parece como si se olvidara de él y sólo se preocupara de hacer felices a los demás.

Pero no creamos que la vida de Felipe fue rodeada de rosas desde la cuna al sepulcro. Más bien todo lo contrario.

De muy niño quedó huérfano de madre. Su padre era un tipo original y de él parece que Felipe heredó sus ideas originales y bastante raras... Su padre era notario en Florencia y además por vocación era dado a la alquimia en la que fue un verdadero genio.

Su padre se volvió a casar y la madrastra educó muy esmeradamente al pequeño Felipe.

—¿Cómo fue la niñez y juventud de Felipe?

—Sabemos muy poco de estos años. Los testigos de sus Procesos se limitan a decir que la pasó muy alegre y sencilla como los demás niños y jóvenes de su edad.

Que se sabía ganar la simpatía de todos sus compañeros y que todos deseaban tenerle por amigo ya que veían en él todas las buenas cualidades que deben adornar a un chaval de su edad.

Frecuentó la escuela elemental en la que hizo grandes progresos. Esta escuela que aquí no terminará la continuará cuando a los veinte años llegue a la Ciudad Eterna...



“Esto no es para mí”

—“Felipe —le dijo un día su buen padre— el tío de San Germán quiere que vayas a hacerle compañía y a echarle una mano en sus negocios; ¿Te gustaría ir?

—Lo que tú digas, padre”.

Tomó sus cosillas más imprescindibles y allá marchó dispuesto a ayudar a su tío en aquella empresa en la que no sabía cómo le iría.

San Germán estaba situado cerca del famoso Monasterio benedictino de Montecasino.

Su tío era un rico comerciante y los escudos empezaron a llenar las manos de Felipe. Otro joven en su lugar se hubiera sentido dichoso ya que son tantos los que corren tras el dinero.

El tío de Felipe pronto se dio cuenta que su sobrino era inteligente, simpático y que podía abrirse camino en este negocio. Hasta llegó a pensar que podía ser un buen heredero de su inmensa fortuna.

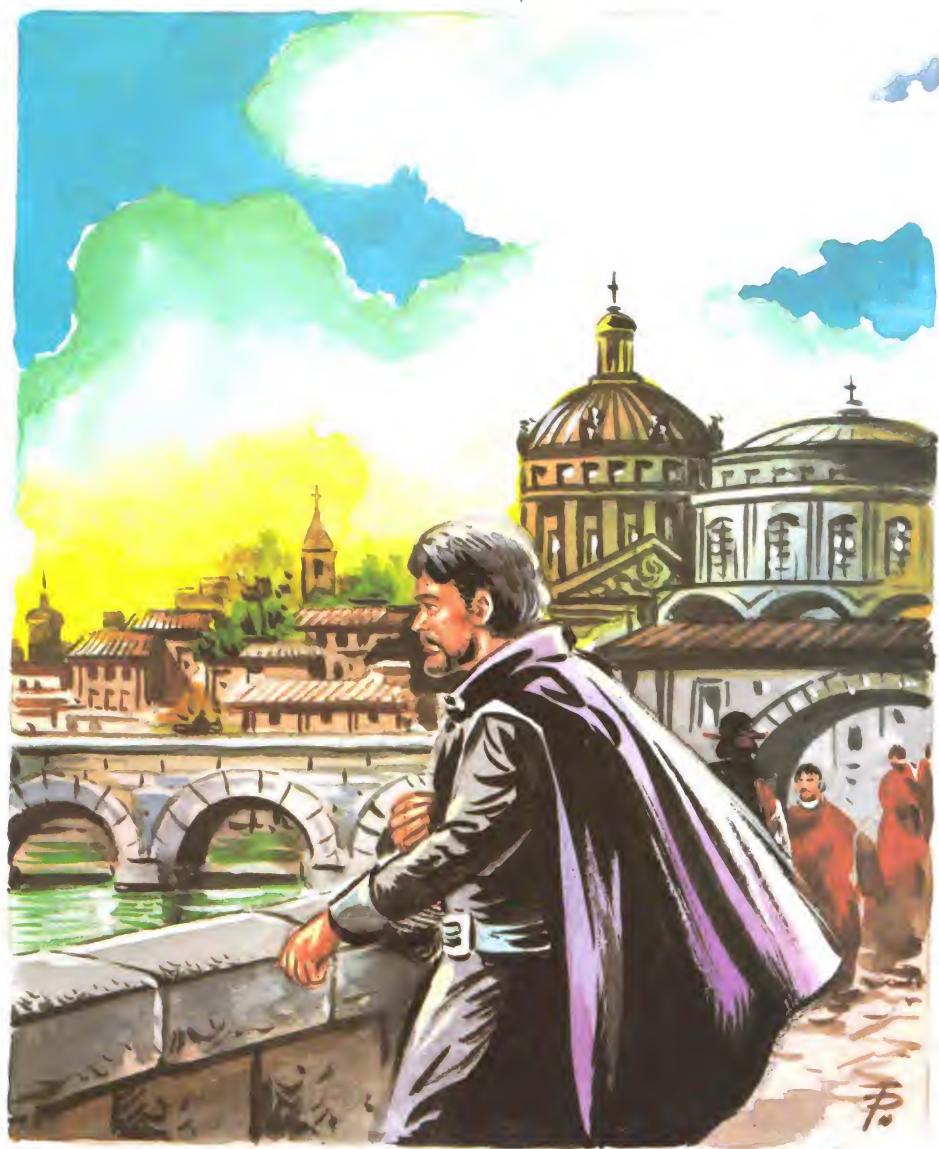
—“Oye, Felipe —le dijo un día— me da la impresión que no estás demasiado a gusto en este negocio. Veo que son otras las cosas que te preocupan”.

—¿Por qué hablaba aquel tío de esta manera? ¿Por qué había cambiado de pensar?

—Sencillamente, porque veía que a los clientes que llegaban a su tienda en vez de elogiar el género y de venderles mercancía, su buen sobrino se preocupaba más bien de instruirles en catecismo. Les preguntaba si sabían el Padrenuestro. Si amaban a la Virgen María...

Cuando disponía de un tiempo libre lo pasaba en la Iglesia rezando en vez de estar con sus amigos divirtiéndose...

Era lógico que aquello no podía seguir así durante mucho tiempo. Un día, sin decir nada a nadie, salió de casa y se dirigió a Roma casi sin saber a qué...



Un ermitaño en Roma

Tenía veinte años cuando llegó a Roma.

Llegó a Roma sin ningún dinero y con la ropa puesta nada más. En Roma había por entonces mucha hambre y muchos vagabundos.

Podía haber acudido a sus familiares y allegados y pedirles ayuda, pero no lo hizo.

Traba una gran amistad con el jefe de las Aduanas pontificias llamado Galeotto Caccia y en su casa come y duerme durante catorce años.

Durante este tiempo se dedica a formarse en filosofía y en teología. También estudia lengua y otras asignaturas comunes por aquel entonces como la astronomía y la alquimia... En todas hizo muy señalados progresos.

Sobre todo se le veía prosperar en la lengua de Lacio en la que componía elegantes versos de muy diversas medidas métricas.

Este tiempo se dedica también de un modo especial a la soledad y a la oración. Parece un ermitaño.

Fue entonces cuando tuvo una especie de visión en la que vio cuántas almas se perdían por falta de misioneros... y sintió ganas de irse a misiones... Pero cambió de pensar cuando oyó una voz que le decía:

—“Felipe, tu misión es ahora Roma. Cuando te llegue la hora deberás recorrer las calles de Roma como si fuera un desierto. Este es tu campo de apostolado”...

Ya nunca tuvo tentación de abandonar Roma pues veía con claridad el enorme campo que tenía en aquella inmensa y pobre ciudad, cita de todos los vicios de Europa...

Por ello le cuadra como a ningún otro el bien merecido título de APOSTOL DE ROMA...



Camino de la hoguera

Parecía como si la caja de Pandora se hubiera abierto y se hubieran desparramado por todo el mundo todos los males... Roma era una auténtica calamidad. El mismo Papa Adriano v escribía:

—“Sabemos bien que el mal se ha extendido de la cabeza a los pies... Desde el Papa hasta los prelados... todo está viciado...”.

Felipe quiere atajar tanta maldad. Piensa, reflexiona... y se decide por empezar con organizar algunas reuniones con sacerdotes y seglares que piensen como él.

En 1551 se decide, después de haber orado mucho y de haber pedido consejo a su confesor, a ordenarse sacerdote. Recibió el sacramento del orden cuando tenía 36 años. Ya sabía lo que hacía...

Con otros sacerdotes forma parte y aviva a las Cofradías de diverso aire que estaban bastante decaídas y que tenían un fin caritativo o piadoso. El quiere abarcarlo todo. Todo está por tierra y es necesario levantarlo.

Se dedica a visitar a los enfermos. A buscar ayuda para los más pobres. A atender a los peregrinos que llegan de todas partes y muchos son abandonados a su suerte...

Un día, cuando vuelve de visitar un hospital se encuentra con un tumulto...

—“¿Qué es esto? preguntó.

—“Llevan a la hoguera al apóstata Paleólogo...”, le contestaron.

Felipe sale a su encuentro y le habla de tal forma y con tan enardecidas palabras que conmueve a cuantos le oyen.

Y el mismo apóstata se convierte y hace adjuración de sus pecados...



Cantor a lo divino

Felipe ya sacerdote no sabe cómo contener el ardoroso amor que bulle en su corazón. Un día recibe una gracia muy singular:

—Estaba en oración cuando notó algo que le ardía en su interior. Parecía como que se le salía el corazón de su pecho. Por efectos del dolor —por otra parte agradable— se vio obligado a doblegarse. Las costillas se le habían ensanchado y hasta tomado una configuración anormal. Inclínadas hacia dentro, en forma de círculo. Era para dejar espacio al corazón que se le hizo grande como el de una vaca... Los que estaban cerca de él notaban los suspiros que brotaban de él...

Era tan grande el amor que sentía a Jesucristo, a María y a las almas... que el Señor le hizo este milagro físico como prueba de algo más interior y superior.

Compuso sonetos y otras poesías muy bellas, todas fruto del amor divino que ardía en su alma...

En uno de estos sonetos escribió:

—“Yo amo y no puedo dejar de amar. Quiero que mi amor se haga vuestro y el vuestro mío. Quiero que por un trueque admirable seas Tú yo, y yo sea Tú...”

¡Oh dulce sonrisa de la tierra! ¡Oh canto de la brisa que pasa entre el follaje!

Y se preguntaba:

—“¿Quién es el que no se alegra y no ama? Yo solamente. No puede alegrarse el alma con las alas rotas”.

Pasó la tormenta y vino el fuego que ya siempre abrasó su corazón, tanto que le obligaba a decir:

—“¡Basta, Señor, basta, que no lo puedo sufrir!”

Aquel fuego abrasador le obligaba a entregarse a los enfermos, a los niños, a los pobres, a todos los necesitados...



¿Procesiones?

El Padre Felipe tenía cosas un tanto raras.

Mientras muchos —casi todos— tratan de crecer y de ganarse a la gente influyente y de aparentar más de lo que son... Padre Felipe sólo busca estar con los niños, con los pobres, con los enfermos... Estos poco podrán apoyar para que él pueda medrar...

Pero este es el campo de apostolado donde el Señor lo quiere ahora. Ya se lo ha dicho:

—“Felipe, la voluntad de Dios es que vivas en esta ciudad como si estuvieras en China o Japón”...

No lo olvidó. Por ello donde había una necesidad, allí estaba Padre Felipe. No le importaba quién era el que padecía. Bastaba saber que era un hijo de Dios.

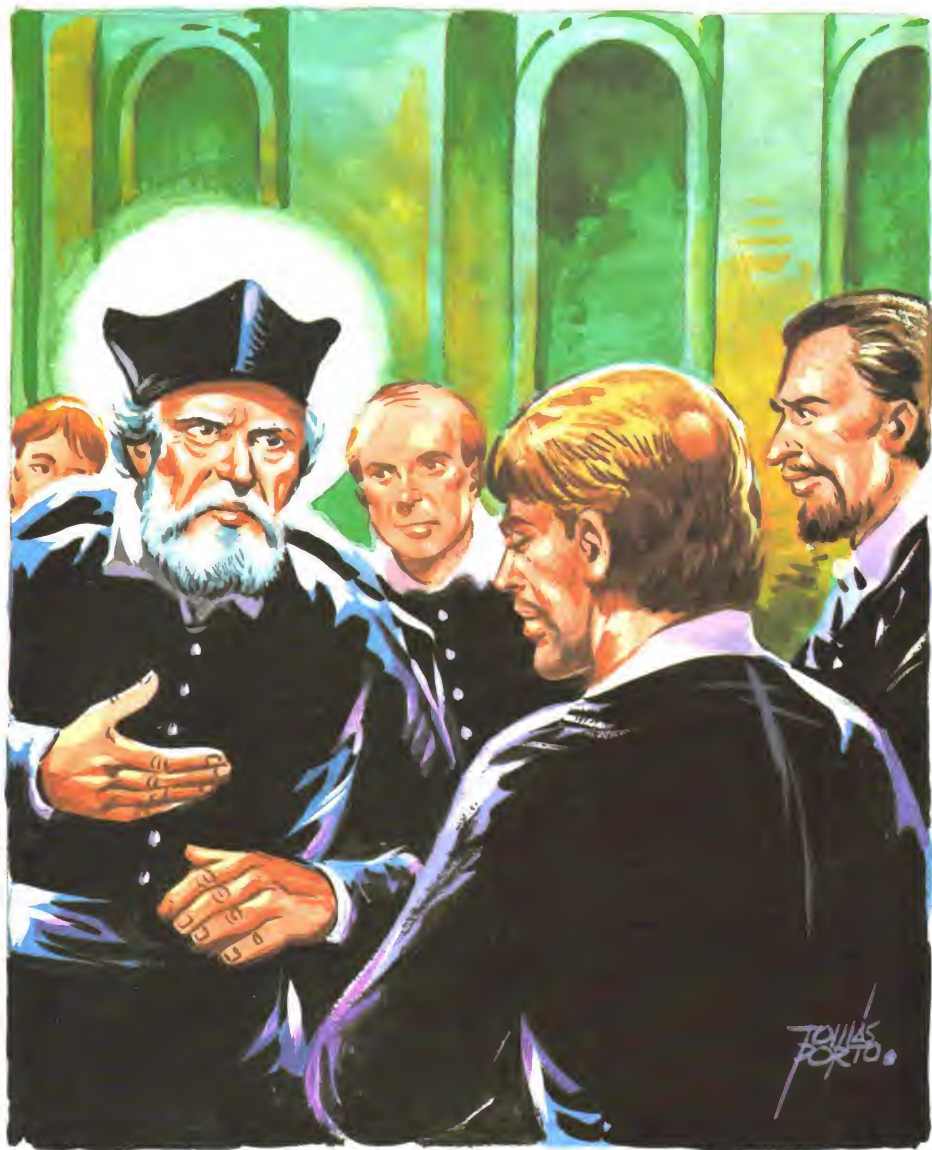
Había que buscar algo para reparar la cólera de Dios por los muchos pecados que se cometían en Roma y en todo el mundo.

Para ello nada mejor que hacer procesiones de desagravios a las Basílicas Romanas. Procesiones de oración y penitencia...

Era todo un espectáculo contemplar a tanta gente, sobre todo pobres, formando parte de aquella procesión. En ella se rezaba, se cantaba, se llevaban instrumentos de penitencia...

Después de una Basílica iban a otra ...En cada una tomaba la palabra Padre Felipe y enardecía a todos en el amor a Dios y al prójimo pidiendo al Señor piedad y misericordia por sus propios pecados y por los de sus hermanos los hombres...

Como aquellas procesiones iban tomando cada día más fuerza y se veía que cada día eran más las conversiones que se realizaban... aumentaban los participantes. A veces hasta cardenales y príncipes tomaban parte en ellas...



El oratorio

—“Llamen al Padre Felipe. Que venga a dar explicaciones de tantas cosas raras como dicen de él”.

Era el Papa Pablo IV quien así había hablado. Eran los tiempos duros de la Inquisición y tampoco faltaron delatores del santo Padre Felipe... No todos veían con buenos ojos las innovaciones que él hacía y cómo todos le seguían...

La envidia siempre fue mala consejera y es tan antigua como el hombre sobre la tierra. La envidia de satanás fue la causa de la primera tentación y la primera caída.

He aquí a aquel humilde hombre ante la pomposidad del Papa.

—“Padre Felipe ¿qué me dicen de Vd. que hace tantas extravagancias?

—Santidad, soy una auténtica calamidad y en mí no hay más que soberbia y amor propio. Bien puede vuestra Santidad castigarme cuanto pueda y quiera pues siempre será bien merecido y nunca me dará el suficiente castigo que merecen mis muchos pecados”.

Mientras decía esto, con gran sencillez y dulzura, se prostaba en tierra en señal de anonadamiento...

—“Levántese, Padre Felipe y vaya a donde quiera y obre como le parezca porque ya veo que son todo calumnias las cosas que me han dicho sobre Vd...”.

El mismo Papa quedó hondamente impresionado ante tanta sencillez y humildad y hasta se lamentaba el no poder participar él como un simple fiel en aquellas “Procesiones” y otros actos que organizaba el Padre Felipe...

Para dar continuidad a estos actos organizó —aún a pesar suyo— el así llamado ORATORIO, reunión de sacerdotes que pensaban como él y que deseaban seguir la línea por el Padre Felipe señalada...



Ante los tribunales

La vida de nuestro héroe es muy parecida a la de Jesús. Tiene en sus seguidores altos y bajos, por lo demás como en casi todos los hombres: Unos le siguen ciegamente y están dispuestos siempre a dar la vida por él, mientras otros le detractan y calumnian siempre que pueden. No les permite su orgullo ver cómo se ha elevado este curilla mientras ellos permanecen caídos...

—¿Qué hacer?

—La calumnia, la acusación en falso. Esto es ya muy antiguo entre los hombres.

Hay un tribunal muy severo que no permite pasar ni una... En todas partes es conocido el tribunal de la Santa Inquisición aunque a decir verdad en más de una ocasión habría que quitarle el calificativo de “santa”...

Ya lo llevaron ante el Papa Pablo IV... Ahora le acusan ante el santo Pontífice Pío V.

—¿De qué le acusan?

—“Santísimo Padre, el sacerdote Felipe Neri recomienda a los sacerdotes que celebren todos los días la Santa Misa y a los fieles que se acerquen a comulgar si pueden diariamente... Hace unas Procesiones en las que toman parte toda clase de personas sin distinción alguna y van mezclados los hombres y las mujeres y todos van por las calles rezando y cantando al Señor lo que habría que hacer solamente dentro de los templos...”.

Estas eran y no otras de mayor calibre las acusaciones de sus detractores...

El Santo Padre llamó a Felipe... Acudió rápido a postrarse a sus pies... y el mismo Papa quedó altamente edificado de aquella vida de virtud, de humildad y de ciega obediencia ya que estaba dispuesto a dejarlo todo si ésta era la voluntad del Santo Padre...



¿Cardenal?

Amaba a los niños y jugaba con ellos como cualquier otro chaval. Esto no lo podían soportar algunos engolados monseñores romanos...

—“¿Pero no ve que le molestan, que lo van a volver loco tanta gritería?

—Con tal que no ofendan a Dios pueden cortar leña a mis espaldas cuanta quieran”, contestaba a los que como los Apóstoles no dejaban que se acercasen los niños a él.

A una señora que le preguntó si podía llevar zapatos con altos tacones para parecer más alta, le dijo:

—“Llévelos, hija mía, llévelos, pero cuide de no caerse”.

Padre Felipe siempre gozó de buen humor y quería que también de él disfrutasen cuantos le rodeaban... Sabía muy bien que la alegría es nota característica del cristiano y que un Santo triste es un triste santo...

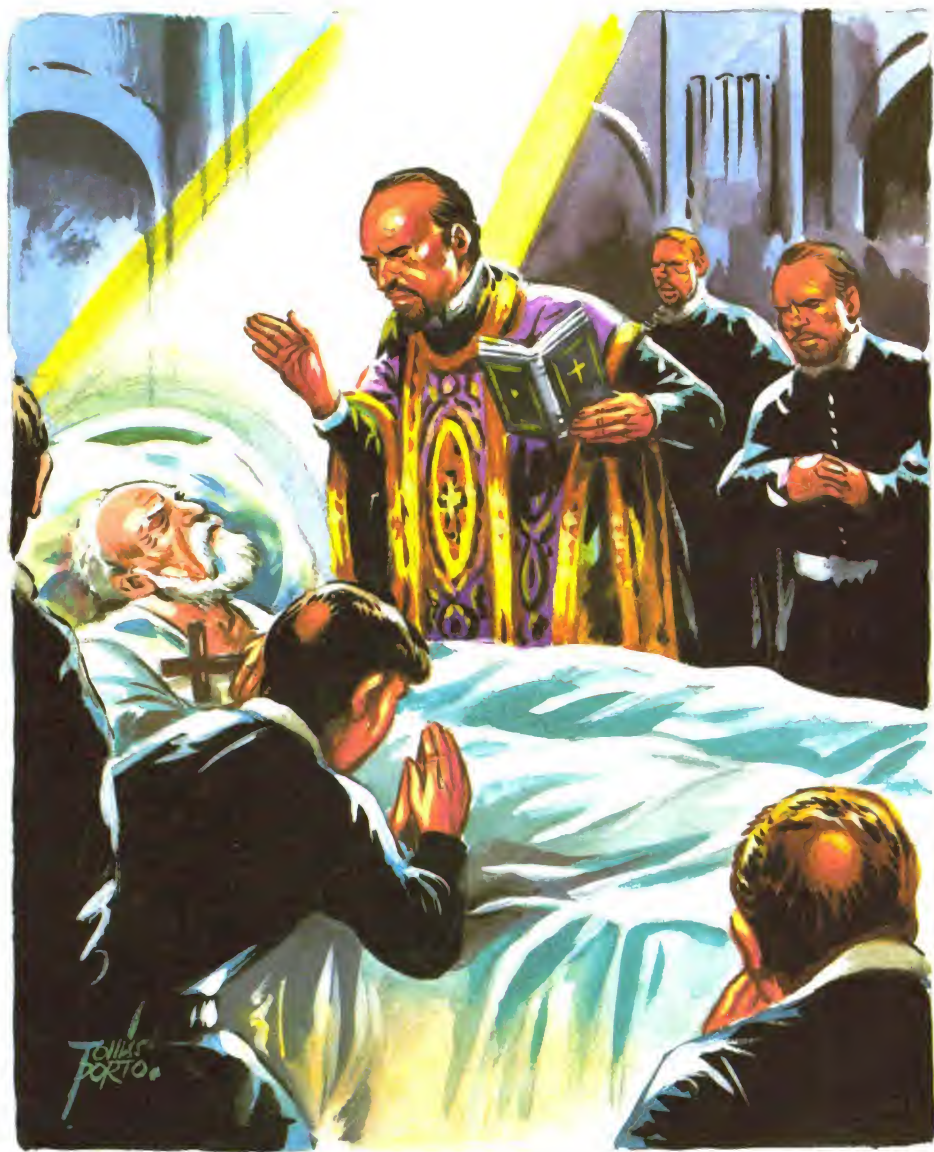
El quería ser un Santo alegre... Gozo espiritual.

Felipe Neri tenía trato con toda clase de personas. Para él no había distinción entre ricos y pobres...

Pasaba largos ratos de animada charla espiritual con estos hombres que después serían —como él inscritos en el Catálogo de los Santos— San Carlos Borromeo, San Camilo de Lelis, San Ignacio de Loyola, San Félix de Cantalicio.

El Papa quiso premiar tanto celo y le ofreció repetidas veces el capelo cardenalicio... Con gran humildad lo rechazó y rogó encarecidamente al Santo Padre que lo diera a otra persona más digna...

El no se hubiera sentido cómodo entre aquellos capisayos...



¿De dónde su fortaleza?

—“Padre Felipe, está Vd. muy demacrado. Tómese este alimento que le hará bien.

—No hijo, no, si como mucho voy a engordar demasiado”.

Cada día andaba por las calles de Roma más flacucho y demacrado...

Era normal ya que su día comenzaba mucho antes que el de los demás.

Varias horas antes de amanecer ya se levantaba para entregarse a la oración. De aquí sacaba la fuerza para llevar adelante tantos trabajos y pruebas que le llegaban de unos y de otros...

El mismo Maestro se lo había recordado:

—“Pedid y recibiréis... Llamad y se os abrirá... Buscad y encontraréis...”.

Felipe sabía muy bien que sin oración no hay vida y por el contrario aunque haya muchas cosas y se meta mucho ruido si no está todo cimentado en una profunda vida de oración y de entrega al Señor... todo lo demás vale muy poco y pronto se derrumba...

Donde más disfrutaba Felipe era en la celebración de la Santa Misa. Este acto lo preparaba con mimos y le costaba a veces varias horas. Cuando tomaba las Sagradas especies en sus manos... quedaba extasiado...

Era frecuente dejarlo el monaguillo y volver después de dos horas y encontrárselo arrobado en éxtasis y elevado casi un metro del suelo...

A pesar de que nunca vivió descarriado, ni siquiera en su juventud... no cesaba de llorar sus pecados. Difícilmente se encontrará un santo que haya gozado tanto del don de lágrimas como él...

—“Señor, guardaos de mí, le decía en fervorosos coloquios. Si no me sujetáis bien con vuestra gracia os puedo traicionar hoy mismo y ser el mayor pecador del mundo”.

“Hay que morir”

Aquel cuerpo se iba debilitando por momentos. Los años no perdonan a nadie y Felipe ya había pasado el límite de los ochenta. Su vida había sido siempre austera y llena de trabajos... Su naturaleza no estaba dispuesta a resistir por más tiempo y... cedió.

En 1595 cayó gravemente enfermo.

Un tiempo antes había insistido en verse relevado en el gobierno del Oratorio. Por fin fue escuchado y le sucedió por elección unánime un gran hombre, Baronio. El ya quedaba tranquilo, la obra de Dios estaba en buenas manos.

—“Padre Felipe, acuéstese pues está muy fatigado”.

—“Sí, sí, lo que vosotros querráis, pero ... Señor: Tú en la cruz y yo en la cama tan bien cuidado, tan bien atendido por tantas personas que velan por mi pobre persona. ¿Por qué, Señor, no me dejas parecerme un poco a ti y me dejan solo y abandonado? ¿Por qué no me envías terribles dolores para llorar mis pecados?”...

Viendo que se agravaba llamaron a San Carlos Barromero y le administró los últimos Sacramentos recibéndolos con una lucidez y humildad maravillosa.

Con frecuencia solía aquellos días hablar con sus amigos de la muerte y les repetía una y mil veces:

—“Hay que morir, hay que morir”...

El estaba preparado para dar este paso...

Su muerte fue dulce y tranquila... como había sido su vida... Tranquila en cuanto a su alma, ajetreada cual pocas otras en cuanto a su cuerpo...

Era aquel 26 de mayo de 1595 la fiesta solemnísimas del Corpus. A las seis de aquel día florido de mayo se durmió santamente en el Señor por el que tan duro había bregado a lo largo y a lo ancho de toda su vida...



9 788477 700432